



Krishna -así se llama- es un joven alcarreño que pasó una adolescencia difícil de drogas y alcohol. «Con 16 años iba a clase muy 'fumao'», confiesa. Leer al clásico medieval alemán le cambió la vida

Porros y litros de cerveza

«En 6º de primaria, con los amigos de mi urbanización probamos los porros. Mi madre me pilló con un poco de **marihuana**. Con 12 años ya se veía a dónde *tiraba la cabra*, ¿no?», plantea. «Mi madre lo vio venir y dijo: 'A este niño hay que meterle en algún sitio', y me metió en un 'colegio de curas', como decía ella», prosigue. Krishna comenzó entonces su etapa en el **colegio Andel** de Alcorcón, al sur de Madrid, un centro educativo del **Opus Dei**.

Al principio *renegaba* del centro escolar: «Me decía: 'Jo, estos pijos con corbata no sé qué, ¿de qué va esta gente?'». Pero, cuando vuelve la vista atrás, reconoce que «ha sido una pasada: los profesores que tuve me enseñaron a trabajar, a estudiar, están muy encima de ti, estás **súper arropado**». «Yo creo que **me han salvado la vida**, por poder acudir a un sacerdote, de no tener esa vergüenza y saber que puedes acudir a él», sentencia.

Pese a ello, Krishna seguía fumando tabaco y *porros* a lo largo de toda la ESO. «Teníamos una **guardia** construida con muebles robados, a la que íbamos siempre los amigos», recuerda. Más tarde comenzaron los planes de fin de semana: «Beber litros y litros de **cerveza**». «Para cuando me di cuenta ya me estaba gastando 5 euros en cerveza **todos los días** y el plan entre semana era ese y fumar porros. Los fines de semana comprábamos el doble de todo y bebíamos *cubatas* con los amigos de

fiesta, en descampados y llegando a casa a las 12 de la noche», afirma.

La situación con su madre, claro, se tensionó: «Tenía **bronca** con ella todos los días», porque «mi madre siempre ha sido antidroga, antiporros, antialcohol...». Pese a ello, Krishna reconoce que «ella siempre ha estado al pie del cañón». «Me enteré más tarde de que en aquella época dejó el *Hare Krishna* y empezó a **ir a misa y a rezar el rosario** con mi abuela todos los días **para pedir por mí**. Tenían un grupo de oración en el que pedían para que yo me alejara de todos estos temas», señala.

«Iba a clase muy 'fumao'»

«En 4º de la ESO me cambiaron al colegio público, donde enganché bien con todos mis amigos. Ahí noté que era otra cosa: no estás tan cobijado por los profesores, a la gente le das más igual, los compañeros son un poco más *malos*. Yo entraba a clase **muy fumao** y se reían de mí y la verdad que creo que fue **el peor año de mi vida**», afirma.

Krishna siguió descendiendo por la resbaladiza pendiente de las drogas y las adicciones: «Se me empezó a *ir un poco la pinza* con los porros, el alcohol. Dejé de fumar porque me sentaba fatal y empecé a probar **otras cosas**. A los 16 nos colábamos en discotecas, metíamos alcohol porque no teníamos dinero, usaba un DNI falso, etc.», prosigue. Todo eso le llevó a repetir un curso por malas notas, a un nuevo cambio de colegio y de barrio.

La última bala

«Hubo una noche que **estuve tan mal** que utilicé la única, **la última bala** que me quedaba en la recámara, porque lo había probado todo, había probado todo lo que te propone el mundo para ser feliz: drogas, chicas, popularidad... lo que te ofrece el mundo y la verdad que no me llenaba. Estaba muy triste. Entonces esa noche **me comí mi orgullo** y me acuerdo que recé un Padre Nuestro diciendo: 'Te necesito'».

Terminó el Bachillerato en Madrid y se mudó a **Bilbao**, donde comenzó a estudiar y a trabajar en una cocina de un restaurante. Para entonces ya había dejado de consumir droga: «Lo bueno de la cocina es que trabajas todos los fines de semana y **no puedes salir de fiesta** porque trabajas hasta tarde», reconoce. Poco a poco empezó a ir a misa los domingos y a **leer el Evangelio** mientras iba o volvía de clase. «Me lo ponía en la radio y escuchaba. Me llamaban mucho la atención las lecturas y me llenaban», rememora.

«Cuando terminó la pandemia, un día hicimos una videollamada de antiguos socios del club del Opus Dei al que iba de pequeño. Hablamos de todo y de nada», explica. Pero se le quedó **una pequeña espina** clavada: «¿No habrá algo parecido a esto en Bilbao?», se preguntó. «Recordé que yo me lo pasaba muy bien con esta gente... y que además rezaba. Entonces escribí a mi monitor y me puso en contacto con una persona del Opus Dei en Bilbao. Empecé a hablar con este chico y la primera vez que hablé con él **me puse a llorar** porque le conté mi vida: que **estaba fatal** aunque iba a misa, pero que todavía tenía **heridas** que sanar», reconoce.

Dos horas de rodillas rezando

«Un día decidí confesarme y fue fenomenal. Encontré un libro en la casa a la que nos habíamos mudado en Bilbao que se llamaba **La imitación de Cristo**, de **Tomas de Kempis**, que era muy *potente*», recuerda. «Contaba cosas sobre el cristianismo que tenían mucho sentido, y por la noche fácilmente me podía pasar **2 horas de rodillas rezando**», añade. «Era impresionante: me llenaba muchísimo, pero sí que sentía que me faltaba algo más, siempre necesitaba algo más: iba a misa, me confesaba, hablaba con un cura, pero me faltaba algo», subraya.

Dios te hace santo

Este miembro del Opus Dei «me animó a rezar más, a rezar el Rosario, etc., pero hubo una cosa que me cambió la vida. Me dijo: '**Tú, Krishna, puedes ser santo**'. Yo pensé: 'Este hombre no me conoce todavía'. Y me insistió: 'No, no, es que tú puedes ser santo y estás llamado a ser santo. Todos estamos llamados a ser santos y tú no lo vas a hacer, **lo hace Dios en ti**', y eso me descolocó», admite.

«A partir de ahí empezamos a hablar y yo hacía lo que me decían: empezaba la semana muy bien, luego bajaba, subidas, bajones, lo típico, pero al final conectas los puntos: caí de repente en un club del Opus Dei, me hablaron de la santidad en medio del mundo, y en un momento dado me propusieron pedir la admisión al Opus Dei y entregarme a Dios», observa. Fue entonces cuando se planteó la llamada a incorporarse como agregado de la Obra fundada por **San Josemaría Escrivá de Balaguer**. «La verdad es que me costó un poco la idea del **celibato**. Dices: 'A mí me encantan las tías, igual esto no es para mí', pero claro a todos nos gustan, pero es que Dios necesita gente, nos llama como a los apóstoles y no te lo esperas», reconoce.

«Me costó un poco; varias personas rezaron varias novenas por mí y al final me lancé a la piscina y me fie. La verdad es que sigo muy contento **cuatro años después**», admite. «Sigo luchando con las mismas

cosas evidentemente, porque siempre tiene que haber lucha. Cuando pedí la admisión, dije: '**Ya he llegado, ya está todo hecho**, qué bien'. Pero no: acaba de empezar todo y hoy sí que puedo decir que soy feliz con mayúsculas», subraya.

«Darte cuenta de que Dios te quiere, que está pendiente de ti, que tiene un propósito y una misión para ti concreta... **es impresionante**. La libertad que te deja para hacer lo que te dé la gana. Cada día no puedo hacer otra cosa que **dar gracias a mi familia** que ha rezado tanto por mí; mi madre, que puede ser **Santa Mónica**, la madre de **San Agustín**, fácilmente; al igual que mi abuela», concluye Krishna.

Álex Navajas, en eldebate.com